

Política y Sociedad

ISSN: 1130-8001

ISSN-e: 1988-3129

EDICIONES
COMPLUTENSE<http://dx.doi.org/10.5209/POSO.58389>

Urraco Solanilla, M.; García-García, J. y M. Baelo Álvarez eds. (2017): *Mundos Z: sociologías del género zombi*, Madrid, Los libros de la Catarata, 270 pp.

El poeta y profesor titular de Estética de la Universidad Carlos III de Madrid Ilia Galán, en su obra *El romanticismo y sus mutaciones actuales* (2013), establece que la sociedad contemporánea no es más que el reflejo deforme de los ideales del Romanticismo europeo. El contexto del legado romántico se reconocería, pues, en la pasión por el infinito que impulsa a los sujetos contemporáneos a sentirse en comunión con el sentimiento estético de lo sublime, un sentimiento que conduce a una totémica contemplación de la grandeza, normalmente volcada en la política, la ciencia o las artes. Dicha aproximación sensorial, llevada al extremo, se podría aplicar en la evocación de lo feo o lo grotesco, sobre todo a partir de la novela gótica y el posterior relato cinematográfico de terror que explora las creencias y representaciones más tenebrosas de la imaginación humana. Este contexto es donde la emergencia de la figura del zombi cobra especial importancia durante buena parte del siglo XX, sobre todo en el marco de la norteamericanización de las sociedades occidentales y la apropiación cultural de determinados credos africanos tras la Segunda Guerra Mundial.

El imaginario del zombi apela así, de acuerdo con gran parte de los autores de *Mundos Z: sociologías del género zombi*, a la definición de una subcultura que, en realidad, habla de la cultura y los valores *mainstream* de la globalización neoliberal y de los ídolos yanquis del western. Los sujetos representados en el género zombi (o más comúnmente conocido como “género Z”) establecen una clara dicotomía entre la capacitación o la invalidez de la pertenencia a un nuevo orden mundial posapocalíptico donde prima la ley del más fuerte o del más capaz. Este discurso, notoriamente presente en las distintas producciones del género Z nombradas en la obra, se adscribe a un ideario de inspiración supremacista cuyo eco cobra actualmente la forma del sujeto laboral posfordista ideal: el emprendedor. De este modo, y de acuerdo con la metáfora que varios autores de *Mundos Z* emplean, la mitología de la demodistopía zombi representa al emprendedor en la piel del superviviente, es decir, aquel que triunfa socialmente por ser permanentemente egoísta, flexible, práctico y resolutivo en sus decisiones. Economiza sus recursos, se convierte en “empresario de sí mismo” y renuncia a toda estabilidad o promesa de seguridad. En este sentido, el

mundo posapocalíptico zombi mantendría una fuerte analogía con el mercado laboral posfordista, donde toda decisión cotidiana lleva a la disyuntiva de “adaptarse o morir”.

Además, el universo zombi y su mitología exalta los valores adscritos a la masculinidad hegemónica: fuerza, fiereza, resistencia ante toda adversidad, destreza instrumental y, sobre todo, un liderazgo agresivo o de índole autoritario. La exaltación de esta figura del modélico superviviente-emprendedor mediante la expresión artística audiovisual o literaria no deja de ser una acción performativa que reproduce y consolida la creación de un determinado sujeto ejemplar que, perfectamente, representaría el prototipo de héroe de nuestro tiempo. El mejor testimonio de esta representación, profusamente señalada a lo largo del texto, sería el caso del protagonista de la serie de éxito mundial de la productora norteamericana AMC *The Walking Dead* (TWD): Rick Grimes; un policía rural, blanco (anglosajón), sin diversidad funcional, heterosexual y padre de una normativa familia de clase media. La reproducción de este modelo habla, pues, de un tipo ideal cuyo carácter totémico se construye a partir de la otredad del zombi. De este modo, el muerto viviente o el no-muerto representa todo aquello hacia lo que la cultura occidental mantiene una fuerte aversión. La transición hacia ese Otro solo se puede dar bajo condiciones de debilidad, tal y como serían los casos de las mujeres, las y los homosexuales, las minorías étnicas, las y los enfermos, los diversamente funcionales, la tercera edad y, en términos morales, aquellos “débiles de espíritu” que acometen el suicidio. Solo el hombre blanco heteronormativo pareciera ser capaz de salir de una situación de apocalipsis que se ceba particularmente con la carne y, por extensión, del vaciamiento de la condición de sujeto activo.

Por tanto, el género Z, desde un punto de vista sociológico, ha experimentado su extensión y aceptación en tanto que el neoliberalismo ha necesitado penetrar culturalmente en cada vez más variados perfiles sociales; de ahí su actual éxito comercial sobre todo a partir del ámbito televisivo y de los nuevos medios de comunicación de masas (Internet). De este modo, la fantasía higienista y tanatopolítica del holocausto zombi representa todo lo que el patriarcado primigenio y el neoliberalismo más extremista sueñan: una refundación violenta del mundo donde no existe el Estado, el libre mercado es competitivamente puro y el control de los hombres sobre las mujeres es total.

Sin embargo, desde otra lectura transversal a la mirada de las y los autores del libro, el género Z representa también elementos de una suerte de grotesca sátira social de la sociedad del consumo de masas, la democracia de audiencia, la anomia y la percepción del riesgo. Esta ácida crítica que encarna el género se traslada así al nombramiento y parodización de las más destacadas conductas de consumo y estilo de vida de las clases medias urbanas de corte occidentalista. De este modo, el género Z trata de evidenciar el carácter patológico de las sociedades posmaterialistas, donde el consumo se instaura como necesidad nunca satisfecha y cuyo patrón de conducta se transmite como un virus, tal y como ocurre con la analogía del zombi, permanentemente insatisfecho del consumo de carne o de cerebros. Asimismo, el carácter del zombi y el propio proceso de zombificación retratan la decadencia por la que se perciben múltiples instituciones adscritas al

paradigma de la modernidad, siendo común la representación del paisaje urbano como entorno mortal y efímero. Paralelamente, junto a la visión corroída y zombificante de la vida urbana, el género Z expone la tecnofobia y la preocupación por el riesgo tecnocientífico en una era donde la manipulación de la naturaleza por manos humanas lleva hasta la reconfiguración de los propios genes.

De este modo, la metáfora zombi relata no solo la pérdida de la confianza en el proyecto moderno y sus instituciones clave (el Estado y la ciencia), sino que exhibe de manera obscena y pornificada la fragilidad del estado de no-vida del sujeto posmoderno: un cuerpo atravesado de miedos, alienaciones, peligros y morbosas fascinaciones virtuales o de telerrealidad. Por tanto, el zombi, según la mayoría de los autores del texto, es la criatura de nuestro tiempo, una representación cultural que habla de la inevitabilidad de la distopía neoliberal, donde la evocación épica del superviviente termina por desterrar todo vínculo político con la comunidad o el valor social de lo colectivo, donde la ciudadanía, metafóricamente, está muriendo. Es así que la lectura de este compendio de ensayos de diferentes miradas asienta no solo un texto de referencia para aficionados al género Z e investigadores de teoría crítica de la cultura, sino que es todo un tratado analítico de sociología pop que, perfectamente, complementa con casi cualquier investigación o reflexión sobre la sociedad contemporánea en el contexto de la filosofía y las ciencias sociales.

Bibliografía

Galán, I. (2013): *El romanticismo y sus mutaciones actuales*, Madrid, Dykinson.

Andy Eric Castillo Patton
Universidad Complutense de Madrid
andcas03@ucm.es